

# LA EVANGELIZACION DE LA CULTURA COMO DESAFIO FUNDAMENTAL DE LA IGLESIA HOY EN AMERICA LATINA

*Mons. Antonio Do Carmo Cheuiche  
Obispo Auxiliar de Porto Alegre  
Responsable de la Sección para  
la Cultura del CELAM*

## 1. Concepto cultural de desafío

En la terminología cultural, la palabra "desafío", expresa un concepto fundamental para comprender el proceso dinámico de la auto-realización del hombre. En este sentido, designa hechos, acontecimientos, ideas o actitudes de orden natural, social o religioso, que configuran situaciones cuestionadoras para una cultura y que, por eso contribuyen a esclarecer la naturaleza ética de la misma.

Por tener la cultura su fundamento en la naturaleza racional y libre del hombre, el acto cultural original sólo puede haber acontecido en la confrontación del ser humano con una situación desafiante. En la vida animal, la conexión entre estímulo y reacción se efectúa naturalmente, por cuanto a los estímulos corresponde la reacción predeterminada, cabal y repetitiva de los instintos; como parte de la naturaleza, el animal se limita a adaptarse a ella y a estar en ella. En el hombre, por el contrario, la relación se presenta, ya en un primer momento, de forma problemática, pues entre el estímulo y la reacción se interpone la libertad, que transforma la mera reacción en verdadera respuesta. En tanto que para el ser racional, por el hecho de conocer la realidad en sus múltiples aspectos, los estímulos se le ofrecen como repertorio de posibilidades, ante las cuales es preciso decidirse por una de ellas; no se trata ya de estímulo, al cual todo animal se ajusta, sino del desafío al cual el hombre procura dar una respuesta. El hombre no se limita entonces con estar en la naturaleza, adaptarse a ella, sino que lucha

para adaptarla a sí mismo, en la que procura estar bien, en busca del bienestar<sup>1</sup>.

En la permanente confrontación entre desafío y respuesta, se abren para la cultura enormes posibilidades de una trayectoria progresiva, en lo que se refiere tanto al cultivo de las cualidades humanas, como al dominio de la naturaleza. Dado su carácter ambiguo, y precisamente por ello, la historia de la cultura representa una grandiosa y difícil aventura del espíritu humano en busca de la realización plena de la humanidad.

En la vida normal de la cultura, las sucesivas respuestas dadas a los desafíos, se articulan a la luz de la cosmovisión del grupo humano que la forma, de su ethos cultural, del conjunto de sus valores, de sus tendencias y preferencias valorativas. En los períodos normales, aun cuando la realidad cambiante pasa a ofrecer aspectos nuevos, el carácter permanente del ethos cultural puede, con todo, desarrollar desde sí mismo posibilidades de respuesta hasta entonces veladas y ocultas. Pero hay otros momentos en que se conjugan situaciones absolutamente nuevas, para las cuales no se encuentran soluciones a la vista. Se trata, entonces, del sentido límite del concepto de desafío cultural, aplicado a situaciones históricas dramáticas y aún trágicas para la vida de una cultura: Todas las culturas viven esas situaciones conflictivas, por las cuales el grupo, o se cree con posibilidades de nuevas respuestas, y lucha para formularlas y así superar la crisis o, sin esperanza, agotado, se rinde frente a ellas. En ese momento se juega el destino de una cultura y la sobrevivencia de un pueblo como tal. Un reto fundamental se ha interpuesto en el camino por el cual avanza una cultura, y de acuerdo a la comparación de Toynbee, se reproduce entonces el antiguo mito de la esfinge del desierto que vuelve a apostrofar al hombre: "O descifras mi enigma o te devoro". La historia registra múltiples desafíos de la cultura: el desafío de las condiciones climatéricas, de la inmensidad del universo, de la amplitud del territorio, del exceso de población, de la revolución industrial, del surgimiento del proletariado, de la tecnología moderna y sus aplicaciones a la guerra y a la biogenética, de la polución ambiental, de las agresiones culturales, de la deuda externa de los países pobres. En su dimensión histórica, la cultura aparece como

---

1. Ortega y Gasset, *Meditación de la Técnica*, Obras Completas, Alianza, 1988, Tomo V: pg. 328.

la continuidad de soluciones, respuestas dadas a sucesivos problemas y desafíos; en cuanto hay "núcleos creadores de respuestas a los nuevos desafíos", esa cultura vive y se desarrolla; cuando, no obstante, se comienzan a repetir antiguas respuestas a desafíos nuevos, como afirma Paul Ricoeur; y cuando no se logra adaptar estos ajustes a las nuevas perplejidades, entonces la cultura comienza a agonizar y muere<sup>2</sup>. Y, agrega Toynbee, la muerte de las culturas, sucede en general, como resultado de una decisión suicida de parte de sus responsables.

El concepto de desafío expresa, por tanto, un elemento fundamental de la naturaleza de la cultura, como hecho humano, obra del hombre; a través de la respuesta, se le asegura continuidad dinámica en su aventura de búsqueda de la humanidad plena. Pero, cuando el reto cultural se transforma en desafío límite, en el sentido de situaciones conflictivas y desesperadas, para las cuales al menos no se encuentran respuestas a corto plazo, entonces el desafío pasa a ser un ingrediente de la categoría cultural de crisis. Se entiende por crisis en cuanto a categoría cultural, el estado de conciencia de un grupo humano, resultado de rápidas y profundas transformaciones de la sociedad, que se caracteriza por la sensación de pérdida de su ethos cultural, de su mundo, de sus convicciones profundas. La perplejidad y desorientación son la tónica y los síntomas de la crisis cultural<sup>3</sup>. Entonces, añade Martin Buber, la propia morada del hombre, el mundo por él construido y en el cual habita, amenaza derrumbarse.

## 2. Del Desafío a la crítica de la Cultura

En el plano ético de las situaciones-límites, el desafío deja de obrar como energía creadora y propulsora de cultura, para transformarse en amenaza y a veces preanuncio de muerte de la misma. No se trata aquí evidentemente de catástrofes cósmicas, como podría acaecer en el pasado. Desde mucho tiempo hacia acá las situaciones desafiantes, que cuestionan hasta el fondo de una determinada cultura, minándola y amenazándola por dentro, suelen tener su orden en su propio ámbito o fuera de él; en su propio ámbito, cuando, por ejemplo, dentro de una

---

2. Historia y Verdad, Ed. Forense, Río de Janeiro, 1968, pg. 89.

3. Ortega y Gasset, "En torno a Galileo", Obras Completas, Revista de Occidente, T.V., Madrid, pg. 70.

misma unidad cultural, un subsistema suyo, una parte suya, progresa hasta el punto de delegar a un plano secundario otros subsistemas esenciales, tal como acontece hoy con la cultura occidental, donde al progreso técnico, realmente extraordinario, no lo acompaña el desarrollo ético, y aquél pasa entonces a ejercer funciones de éste; fuera de su propio ámbito, cuando se siente atacada por otra cultura más poderosa, que le impone un proceso de transculturación forzada, como ya tantas veces ha acontecido y continúa aconteciendo todavía. En ambos casos, el desafío es siempre cultural, y tiene su origen en el ámbito de la cultura misma.

¿No habría, acaso, un desafío crítico de la cultura de procedencia transcultural? ¿No será la religión esa estancia transcultural? Hasta para quien no identifica religión con cultura, la religión aparece como una parte de la cultura, tal vez su clave, sin duda su expresión más profunda y decisiva. No se pueden negar los condicionamientos que la cultura ejerce sobre las categorías del pensar religioso, sobre sus expresiones y sobre sus ritos sagrados. Si religión significa relación con Dios, el acto religioso propiamente dicho acontece en el momento en que aquella relación con lo Absoluto se hace viva y personal con el hombre, cuando pasa a orientar su vivir para Dios y a partir de El. Las formas religiosas son de naturaleza cultural; emergen de la dimensión religiosa del hombre, de esa raíz profunda del ser que lo lanza a la aventura de la búsqueda del fundamento último de la realidad, cuya configuración cultural le proporciona elementos para comprender el universo y así mismo, para descubrir valores fundamentales y, a partir de ellos, fijar normas de conducta. Con todo, la religión, en el decir de Guardini, "suscita inmediatamente tensiones particulares. No puede ser algo perteneciente a la cultura en el mismo sentido en que lo es, por ejemplo, el Estado. Provoca enseguida conflictos de un género especial. Influye en los demás ámbitos de la cultura sembrando inquietud en ellos"<sup>4</sup>.

Si las propias religiones denominadas culturales no pueden ser totalmente identificadas con la cultura, mucho menos pueden representar, como pretenden los positivistas, una etapa del pensamiento humano socialmente considerado, que sería superada al inaugurarse la era cien-

---

4. Guardini Romano, Pensamiento sobre la relación cristianismo y cultura, en Cristianismo y Sociedad, Ed. Sígueme, Salamanca, 1982, pg. 129.

tífica de la historia de la humanidad. La religión se revela, pues, como única instancia crítica de origen no totalmente cultural y se presenta como un desafío a la cultura.

A nivel de las relaciones entre religión y cultura, el cristianismo ocupa sin embargo, un puesto único y exclusivo. Dado su carácter trascendente, su origen transcultural de religión revelada, no es propiedad de ninguna cultura, y por eso mismo puede, sin identificarse, con ninguna, penetrar en todas ellas. Por eso el cristianismo se manifiesta ya en sus primeros tiempos, como mensaje cuestionador, propuesta conflictiva, presencia incómoda en el seno de las culturas. Se le considera un cuerpo extraño, al principio rechazado por el organismo cultural. Es que el cristianismo se identifica con Cristo, y Cristo es el Hijo de Dios que, mediante el misterio de la Encarnación, irrumpe en la historia de los hombres, y se presenta como sentido último del proceso cultural; para salvar la cultura, realiza una nueva creación, se manifiesta como el único criterio religioso para el mundo, como camino, verdad y vida. Y por lo mismo, se constituye en instancia crítica y acontecimiento desafiador para las culturas.

El desafío del cristianismo a la cultura, de inspiración evangélica, se transforma en problema a partir de los padres apostólicos, cuando el juicio ético sobre el valor de la cultura en general, y de la cultura greco-romana en particular, empieza a dividir las opiniones dentro de la Iglesia. Desde entonces hasta el Vaticano II, juicios y actitudes divergentes y hasta contrarios han caracterizado la posición de los cristianos en relación a los valores culturales. Por eso mismo el último Concilio representa una revolución en la crítica cristiana de las culturas. Hasta entonces la crítica cristiana a las culturas se hacía desde la instancia de la trascendencia, donde la Iglesia se ubicaba y, como observa Guardini, por ser formulada desde fuera de la cultura, aunque válida, no se mostraba particularmente eficaz<sup>5</sup>.

Reunido, no para definir un dogma ni para condenar algún error, sino para que la Iglesia reflexionase sobre su naturaleza, su misión y sus deberes<sup>6</sup>, bajo el impulso del Espíritu y la idea de "aggiornamento", el

---

5. Guardini Romano, *El Fin de los Tiempos Modernos*, Sur, Buenos Aires, 1958, pg. 104

6. Juan XXIII, *Appropinquanti Concilio*.

Vaticano II actualizó la reflexión teológica sobre las relaciones entre Iglesia y mundo, con la Constitución pastoral "Gaudium et Spes". Como dijo Pablo VI, al proclamar el gran documento conciliar, sus páginas señalan el retorno de la Iglesia al medio de la sociedad, no para dominarla sino para ampararla, iluminarla y darle esperanza. Este retorno señalaba una nueva actitud de la Iglesia frente a valores de la modernidad, destacándose entre ellos el valor de la cultura como proceso autónomo, social e histórico, de autorrealización del hombre, cuyo fomento se decide a asumir entonces; al hacerlo no se presenta como alternativa para la crisis de las culturas, sino que, superando la nostalgia del modelo medieval, afirma que la fe puede y debe restaurar, purificar y elevar las culturas.

Reubicada en este mundo, en esta etapa cultural de la historia, la Iglesia se siente también parte de esta cultura. Aunque de Institución divina, portadora de un mensaje transcultural de salvación, guardiana de la Palabra de Dios y de los medios que el Señor le ha confiado para alcanzarla, la Iglesia sin embargo, se da siempre en el seno de una cultura determinada. Asumiendo la cultura, y ella acoge, igualmente, los desafíos de la misma. Es decir, los desafíos a la cultura pasan a ser también desafíos a la acción de la Iglesia en el mundo, desafíos de la evangelización. Sin embargo, estamos todavía a fines de diciembre de 1965, y para llegar a esta conclusión clara de la misión de la Iglesia respecto a las culturas, es preciso que se den el Sínodo de 1974 y la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Puebla.

### **3. La Evangelización de la Cultura, como desafío fundamental de la Iglesia hoy en América Latina, desde la perspectiva de Puebla.**

Mientras Medellín se ocupa en aplicar el Vaticano II a nuestro Continente, Puebla reasume y da continuidad a esta tarea en la perspectiva de la "Evangelii Nuntiandi". En el documento post-sinodal de Pablo VI sobre la evangelización en el mundo contemporáneo, el tema de la misión fundamental de la Iglesia es elaborado bajo cuatro aspectos: *Qué* es evangelizar, a *quién* evangelizar, *quién* evangeliza y *cómo* se evangeliza. Entre los destinatarios de la evangelización, a los cuales es preciso anunciar el Evangelio teniendo en cuenta su estilo o modo de vida, aparece el tema de la Evangelización de la Cultura y de las culturas. Puebla, a su vez, se propone como objetivo "La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina". Al proponerse la evangelización del Continente en su actual presente y en su futuro próximo, la Tercera Conferencia retoma el nuevo tema formulado por Pablo VI; reteniendo

el concepto de evangelización de la cultura que encuentra en "Evangelii Nuntiandi". retoma a sus presupuestos anotados por "Gaudium el Spes" sobre "El sano fomento del proceso cultural" (N 53-62), de los cuales Pablo VI no hizo otra cosa sino sacar las últimas consecuencias, para finalmente cotejarlas con la realidad socio-cultural y religiosa de América Latina. De ahí surge el capítulo más original de la Tercera Conferencia.

Puebla se propone evangelizar a los pueblos latinoamericanos, dar continuidad a una tarea que, dentro de las condiciones de la cultura moderna, debe ser reconocida. Se entiende aquí por pueblos, los destinatarios de la evangelización, el sujeto de índole colectiva que, al mismo tiempo, es sujeto de índole cultural. Por lo mismo, se puede hablar con toda propiedad de "evangelización de la cultura", de "evangelizar la cultura de un pueblo", es decir, evangelizar un pueblo, los miembros de ese pueblo, "llegando" a "su cultura" (EN 19-20); "Cultura" en el sentido de "modo de ser", "estilo común de vida", y que constituye, no el sujeto propiamente dicho de la evangelización, sino de la modalidad fundamental del sujeto: a través de las personas se alcanza la cultura. En "Evangelii Nuntiandi" la cultura no significa una dimensión más del hombre, sino "cierta tonalidad" que envuelve las demás dimensiones, "con sus diferentes grados de profundidad". "Lo que importa —afirma el documento post-sinodal— es evangelizar —no de una manera decorativa, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre" (EN 26). Este aspecto totalizador de la cultura lo recoge Puebla cuando afirma que la "cultura abarca la totalidad de la vida de un pueblo (DP 387).

Según Puebla, la situación actual de la cultura latinoamericana, la situación concreta de sus pueblos, su modalidad propia, que se forja entre el siglo XVI y el XVIII (DP 412), se presenta hoy como un desafío a la evangelización. El Continente pasa por grandes "transformaciones culturales" que configuran, según afirma el documento, "el actual desafío global que enfrenta la Iglesia, ya que se puede hablar de una nueva época de la humanidad" (DP 399). Señala cuatro áreas de conflicto, cuya situación cuestionante dice con relación a su misión fundamental: la adveniente cultura, el fenómeno de la urbanización, las estructuras socio-político-económicas y los enclaves culturales.

---

7. Gera, Lucio, *Evangelización de la Cultura*, Sedoi, Buenos Aires, 1979, pg. 18.

a) *La Adveniente Cultura:*

Para Puebla, la “adveniente cultura” representa actualmente una amenaza a la cultura latinoamericana y, por lo mismo, un desafío a la evangelización. Pero, al fin, ¿Qué es lo que se entiende por “adveniente cultura”, expresión acuñada por la Tercera Conferencia y cuestionada por algunos? ¿Se trataría, acaso de un salto cualitativo de la propia cultura latinoamericana, del desdoblamiento de sus reales posibilidades, cuyos nuevos derroteros ya estarían anticipando el estilo de vida del mañana de nuestros pueblos? Aunque el documento reconozca el carácter dinámico de la cultura, ello no viene al caso para la expresión “adveniente cultura”. “Adveniente cultura” significa, en primera instancia, cambio y transformación que “ad-viene”, que está llegando, que ya se anuncia como cultura, como la futura modalidad del vivir de nuestra gente. Esta cultura, que ya se anuncia, no consta de las posibilidades de realidad cultural de nuestro continente, no se hace promesa de futuro a partir de nuestro ethos cultural. No se trata por lo tanto, de una respuesta creadora a los desafíos de la problemática de la cultura latinoamericana, sino que “adviene”, o sea, viene desde fuera, llega lista desde otras latitudes culturales, para ser acá injertada. En resumen, la expresión “adveniente cultura” tiene al mismo tiempo el sentido de “futura” y “foránea”.

El documento de la Tercera Conferencia ofrece un análisis pormenorizado de la “adveniente cultura”: ella “nos llega, en su real proceso histórico, impregnada de racionalismo” (DP 418), inspirada por la mentalidad científico-técnica, impulsada por las grandes potencias y marcada por las ideologías imperantes (DP 421); tiende a agudizar cada vez más el proceso de dependencia de nuestros pueblos, ya que “es controlada por las grandes potencias poseedoras de la ciencia y de la técnica” (DP 421). En nombre de la eficiencia cuyo valor no se puede negar y de la universalidad, que no se puede aceptar, “los pueblos, las culturas particulares son invitados, más aún, constreñidos a integrarse” a una cultura que se impone a los demás (DP 421). Esa universalidad se presenta, según Puebla, como sinónimo de nivelación y de uniformidad, que no “respeta las diferentes culturas, debilitándolas, avasallándolas y eliminándolas”, pues la instrumentación de la universalidad equivale a la unificación lograda “por vía de una injusta e hiriente supremacía y dominación de unos pueblos y sectores sociales sobre otros pueblos y sectores” (DP 427).

Inspirada en la ideología del secularismo que entraña una visión del mundo que se explica por sí mismo, sin necesidad de recurrir al Creador,



la "adveniente cultura contribuye a separar y a oponer al hombre en relación a Dios, concibiendo "la construcción de la historia como responsabilidad exclusiva del hombre" (DP 435).

Así, los contenidos ideológicos de la cultura que se pretenden imponer a América Latina, encierran una enorme amenaza para una cultura, cuyas raíces de encuentran "penetradas de un hondo sentimiento de la trascendencia y, al mismo tiempo, de la cercanía de Dios que se traduce en una sabiduría popular con rasgos contemplativos, que orienta el modo peculiar como nuestros hombres viven su relación con la naturaleza y con los demás hombres" (N. 413); una cultura que se "expresa no tanto en las categorías y organización mental, características de las ciencias, cuanto en la plasmación artística, en la piedad hecha vida y en los espacios de convivencia solidaria" (DP 414).

Frente a la "adveniente cultura" y a la ideología secularista en que se inspira, reconoce Puebla, la Iglesia "experimenta un enfrentamiento radical" (DP 436).

#### b) *La Urbanización:*

En "Octogésima Adveniensi", Pablo VI aborda, por primera vez, a lo largo de la historia del magisterio pontificio, el tema de la urbanización. Bajo el título "Los cristianos en la ciudad", señala algunos problemas a los que la pastoral urbana trata hoy de dar respuestas. Sin embargo, el enfoque que le da el Papa no corresponde propiamente a lo que se llama actualmente evangelización de la cultura urbana; Pablo VI no había elaborado todavía su reflexión sobre la evangelización de la cultura. Puebla, inspirándose en el documento en cuestión, retoma el tema de la urbanización y lo ubica entre los grandes desafíos que la cultura actual presenta a la evangelización de América Latina.

La Tercera Conferencia reconoce al principio que en el tránsito de la cultura agraria y a la cultura urbano-industrial, la ciudad se transformó en motor de la nueva civilización (DP 429). En nombre de la Iglesia del Continente que cuenta con las tres ciudades de mayor número de habitantes del mundo, Puebla no se muestra particularmente afecta a la construcción de grandes ciudades, porque atenta contra el deseo generalizado de una convivencia más humana, ni tampoco aprueba una industrialización excesivamente acelerada, ya que ella exige sacrificios desproporcionados, comparados con los beneficios que aporta (DP 430). Se manifiesta en cambio, sensible a problemas hasta ahora desconocidos,

pero que tienen su origen en contexto urbano, en el que se “transtornaron los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad, la organización del trabajo”, y que repercuten en “las condiciones de vida del hombre religioso, de los fieles de la comunidad cristiana” (DP 431). La ciudad no facilita el espíritu de oración y el ejercicio de la contemplación, ni la mutua relación personal de los hombres “que se hacen anónimos y arraigados en lo meramente funcional” (DP 433).

Puebla rechaza la tesis, entonces muy en boga, de la incompatibilidad entre religión y ciudad, según la cual la ciudad significaría la abolición de la religión; reconoce, sin embargo, que la ciudad moderna “constituye un evidente desafío, al condicionar las formas y estructuras de vida, la conciencia religiosa y la vida cristiana” (DP 432).

#### *c) Las estructuras sociales, políticas y económicas*

La situación social, política y económica de América Latina constituye también una instancia desafiante para la evangelización de la cultura en el Continente. Dentro de la visión de conjunto de una cultura, como en todo consciente, las estructuras que surgen, aseguran y determinan las relaciones sociales, tanto en el plano económico como en el político, y deben ser expresión de los valores o de las tendencias valorativas del ethos cultural del pueblo, de la colectividad, a cuyo servicio se colocan. Esta no es, infelizmente, la característica de la cultura de nuestro Continente, en el que prima el divorcio entre valores culturales y estructuras de convivencia social. En este sentido, constata Puebla que: “En pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticias” (DP 437), que no reflejan los valores de la cultura popular. Y agrega el documento, que las situaciones de injusticia y de pobreza extrema “son el índice acusador”, o desafío entre la fe y los criterios y decisiones de los responsables de la organización de la convivencia social de los pueblos latinoamericanos.

#### *d) Marginación de la sub-culturas latinoamericanas*

Este es otro desafío de la situación cultural del Continente a la evangelización en el sentir y decir de Puebla. El análisis de los aspectos culturales de la realidad continental, en la primera parte del documento de Puebla, ya denuncia el precario estado en que se encuentran las culturas autóctonas, víctimas del abandono y de la agresión. En la práctica, afirma el documento, “se desprecia, se margina y se destruyen valores” per-

tenecientes a la tradición cultural de nuestros pueblos (DP 52). En ellos, al igual que acontece con nuestros hermanos afro-americanos, las condiciones de pobreza extrema generalizada, adquieren en la vida real rostros muy concretos, en los que deberíamos reconocer "los rasgos sufridos de Cristo" que nos cuestiona e interpela" (DP 31-34).

Este conjunto de desafíos, que cuestionan e interpelan la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina, presentan síntomas de verdadera crisis cultural y que Puebla reconoce al afirmar: "Nuestra arraigada tradición cultural, desafiada por el proceso de cambio cultural que América Latina y el mundo entero vienen viviendo en los tiempos modernos" "actualmente llega a su punto de crisis" (DP 399).

#### 4. La respuesta de Puebla

Al desafío de una cultura en crisis, cuya identidad y cuyos valores están siendo minados (DP 52), la Tercera Conferencia responde con la "Opción pastoral" que debe impregnar toda la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina.

En el documento, esta respuesta resuena clara y distinta: "La acción evangelizadora de nuestra Iglesia Latinoamericana ha de tener como meta general la constante renovación y transformación evangélica de nuestra cultura" (DP 395). Al fin y al cabo, a un desafío fundamental, una respuesta igualmente fundamental.

Desafortunadamente, es preciso reconocer que la "opción pastoral" de Puebla, pionera en su género dentro del conjunto de la Iglesia universal, no fue inmediatamente asumida. Fuera de casos aislados y realmente notables, solamente en vísperas del décimo aniversario de la Tercera Conferencia comenzó a tomar cuerpo y a inquietar personas e iglesias. A ello ha contribuido, sin lugar a duda, el objetivo que se propone el actual Plan Global del CELAM. Hemos perdido, de hecho, un tiempo precioso. A eso ha contribuido sin duda la radicalización de la "opción preferencial por los pobres" de parte de amplios sectores de la Iglesia del continente. A tal punto ha llegado esta actitud unilateral, que cuando a partir de mayo de 1982, después de la creación del Pontificio Consejo para la Cultura, Juan Pablo II transforma la evangelización de la cultura en "leit motiv" de su predicación, no pocos, en América Latina, interpretaron la respuesta pontificia como una estrategia para boicotear o restar importancia a la opción preferencial por los pobres. No se ha entendido el sentido totalizador de la cultura, pues la conversión de las

estructuras y la lucha contra las injusticias son también evangelización de la cultura. Al fin y al cabo, Juan Pablo II no había hecho otra cosa sino proponer a la Iglesia universal que asumiera lo que, en Puebla, ya habían decidido las Iglesias latinoamericanas: La Evangelización de la cultura.

a) *Hacia un plan de evangelización de la cultura*

Puebla no se limita al análisis del problema de la cultura y a la "opción pastoral" por la evangelización de la cultura en nuestro Continente, sino que, yendo más allá, ofrece los elementos esenciales para trazar un plan de pastoral de la cultura. Espigando aquí y allá, a lo largo del documento, se pueden localizar el objetivo general, programas y proyectos de un posible plan inspirador y suscitador de la actividad coordinada de la evangelización de la cultura.

Inspirado en Puebla, que a su vez insiste en la necesidad de "una pastoral orgánica de la cultura" (DP 1125), un plan de evangelización de la cultura para América Latina, habida cuenta de su globalidad, tendría que proponerse como objetivo general de la misma meta que la Tercera Conferencia se propuso en la "opción pastoral". Los programas prioritarios, a través de los cuales se procuraría buscar la constante renovación y transformación evangélica de nuestra cultura" (N. 395), serían destacados del contexto de las situaciones cuestionadoras, señaladas por el documento. Así, al desafío de la "adveniente cultura", deberían responder programas que se propongan, como afirma Puebla "actualizar y reorganizar el anuncio del contenido de la evangelización partiendo de la misma fe de nuestros pueblos, de modo que estos pueblos puedan asumir los valores de la nueva civilización urbano-industrial, en una síntesis vital" (DP 436); o que se propongan asegurar a la Iglesia una "presencia más decidida en los centros donde se general las vigenias culturales y donde emergen los nuevos protagonismos" (DP 1125), con proyectos concretos destinados a la evangelización del mundo, del pensamiento y de la ciencia, del arte y de la técnica (DP 442, 1233, 1240, 1241). En el desafío de los problemas oriundos del fenómeno de la urbanización, no sólo como el espacio físico o estructura funcional, sino principalmente como "horizonte mental", debe corresponder programas de "pastoral urbana" destinados "renovar la pastoral" de las grandes ciudades para que el cristiano, al decir del documento, pueda realizarse "en los nuevos condicionamientos" que ellos(as) articulan (DP 433), como también a la creación de "nuevas estructuras eclesiales" que permitan afrontar la problemática que presentan las enormes con-

centraciones humanas de hoy” (DP 152); para eso, a su vez, será necesario “trazar criterios y caminos trazados basados en la experiencia y la imaginación” (DP 441). La situación de clamorosas injusticias sociales en la que vive el Continente exige programas destinados a la evangelización liberadora (DP 491), inspirados en las enseñanzas sociales, de la Iglesia (DP 472-475), destinados a los constructores de la sociedad y a los centros de decisión, y grupos de influencia (DP 1298, 1244, 1246, 1247), en orden a “una rápida y profunda transformación de las estructuras” (DP 438). Dada nuestra realidad cultural, mucho menos podrían faltar programas en relación a las culturas indígenas y afroamericanas, ya que Puebla se compromete a aumentar “el esfuerzo evangelizador y promotor” de nuestras sub-culturas (DP 441).

Lo que resulta sorprendente en el Documento de Puebla es que se puede rescatar del texto un esquema coherente de estrategias para la evangelización de la cultura, del cual sus autores quizá no se han dado cuenta. Como perdidas entre los números que van del 378 al 394 y que al ser rescatadas posibilitan trazar el siguiente esquema de estrategias de la evangelización de la cultura: A la cultura, en cuanto conjunto de valores y estructuras (DP 387), hay que evangelizarla, alcanzando con la Palabra de Dios la zona profunda de los valores y, a través de ellos, las estructuras de convivencia social (DP 388); a la cultura como escala, orden de valores y estructuras (DP 889), urge penetrar en la totalidad de esos valores y de sus manifestaciones estructurales, con sus grados de profundidad, a partir del valor religioso (DP 390); a la cultura, como realidad social, estilo de vida de un pueblo, que se transmite de generación en generación (DP 392), se evangeliza mediante la acción directa sobre las estructuras, transformándolas en esa precisión de valores auténticos, es decir, se evangeliza la cultura, y a través de ella a los individuos que a ella pertenecen (DP 394); finalmente, la cultura como realidad histórica, sometida a recíprocos encuentros, interpretaciones y transformaciones, desafiada por nuevos valores y desvalores y por la necesidad de nuevas síntesis vitales (DP 393), se hace urgente evangelizarla a través de la permanente presencia de la Iglesia, principalmente en los tiempos en que “decaen y mueren viejas formas según las cuales el hombre ha organizado sus valores y su convivencia, para dar lugar a nuevas síntesis (DP 303)8.

---

8. Gera, Lucio, *La Evangelización de la Cultura*, Sedoi, Buenos Aires, 1979, pg. 36.

*b) La Evangelización de la Cultura más allá de Puebla*

Después de haber sido formulada por Pablo VI y antes de ser asumida por Puebla, se diría que comienza a emerger de la propia naturaleza de la Evangelización de la cultura, como desde dentro de su significado, el siguiente nuevo desafío: ¿Cómo debe darse la evangelización de la cultura? ¿Cuál es su real proceso?

En las discusiones sobre la modalidad de la evangelización de la cultura, durante el Sínodo del cual resultó el documento "Evangelii Nuntiandi", los Obispos de Africa comenzaron a cuestionar la terminología empleada por el Concilio referente a la cuestión. En efecto, "Gaudium et Spes" declara que la "adaptación de la predicación de la palabra revelada debe mantenerse como la ley de toda la evangelización. Porque así en todos los pueblos se hace posible expresar el mensaje cristiano de modo apropiado a cada uno de ellos" (GS 44). A los obispos africanos les pareció, entonces, que el término adaptación o acomodación sugería la idea de trasplante, y prácticamente, como la historia lo comprueba, determinaba que el mensaje evangélico, tal como había sido adaptado a la cultura evangelizadora, fuera trasladado e implantado en la cultura evangelizada. Tres años más tarde, con ocasión del Sínodo de 1977, la cuestión volvió nuevamente, ligada ahora al tema de catequesis y cultura; después de afirmar que los antiguos textos de catequesis se encontraban alienados de las nuevas culturas, el Cardenal Sin, de Filipinas, exclamó: "Esto dista mucho del Vaticano II y del proceso de inculturación promovido por él". El nuevo término surtió efecto y Juan Pablo II lo introdujo oficialmente en el texto de "Catechesi Tradendae", aunque como sinónimo de aculturación: "al término aculturación o inculturación, —escribe entonces el Papa— por el hecho de ser un neologismo, expresa muy bien uno de los componentes del gran misterio de la Encarnación" (CT 9). En torno a la palabra inculturación, que en el post-Puebla se impone en el lenguaje pontificio, comienza a desarrollarse la reflexión teológico-pastoral del proceso que va a caracterizar la evangelización de la cultura. En 1984, Juan Pablo II se dirige a los intelectuales y artistas coreanos, diciendo: "Tenemos frente a nosotros un largo e importante proceso de inculturación, para que el Evangelio pueda penetrar hasta el fondo de las culturas vivas". En enero de 1987 hablando a los miembros del Pontificio Consejo para la Cultura, afirma en relación al nuevo desafío: "La inculturación coloca a la Iglesia en una situación difícil, pero necesaria". La inculturación del Evangelio y de la Iglesia constituye el proceso propio de Evangelización de la cultura.

Se podría asumir el proceso de inculturación en los términos de una doble y recíproca apropiación: de una parte, el mensaje evangélico y la Iglesia toman de la cultura particular elementos que son propios, como categorías mentales, valores, expresiones y estructuras que no contradicen a la fe, para que la Buena Nueva de Cristo pueda penetrar y ser asimilada por la cultura; por otra parte, la cultura que se abre al Evangelio, toma del mensaje de Cristo el sentido último de la vida y del mundo, para que, bajo el señorío del Hijo de Dios hecho Hombre a la luz de los valores del Reino y de los criterios que la fe proporciona, purificada y elevada, prosiga en su proceso de realización integral de la persona humana. El largo y difícil camino que recorre la inculturación, comprende tres etapas distintas: El anuncio, la asimilación y la re-expresión, siempre dentro de los límites de la fidelidad a la fe y de su integridad.

Obviamente, Puebla no llegó hasta aquí. La reflexión sobre la inculturación comienza a gestarse después de ella. Aunque reconoce la validez del principio de la Encarnación en el orden pastoral (DP 400), no sobrepasa, con todo, los límites impuestos por el concepto de adaptación, como lo hace aún en el caso de referirse "al esfuerzo de trasvasamiento del mensaje evangélico al lenguaje antropológico de una cultura" (DP 4040). Puebla reconoce también la validez del principio de asimilación cultural (DP 428), pero no extrae todas las posibilidades que la evangelización contiene, en cuanto mensaje transcultural que "fecunda como desde sus entrañas" las culturas, según la plástica expresión de "Gaudium et Spes" (GS 58). Puebla, en resumen, no aborda propiamente el desafío de la inculturación del Evangelio como proceso de la Evangelización de la cultura.

Al desafío del proceso de inculturación se suman nuevas situaciones cuestionantes para la cultura latinoamericana, que emergen después de Puebla, entre las que se pueden señalar las llamadas culturas de la muerte; la biogenética, la ingeniería y la manipulación genética; además la polución ambiental y la nueva ideología cosmocéntrica que se opone a ella; como también el post-modernismo. A todo eso deberá enfrentarse la Cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, al retomar y dar continuidad a la "opción pastoral" de Puebla. De las nuevas respuestas dependerá la credibilidad de la Iglesia en el Continente, pues, en su raíz etimológica, la palabra desafío, que se deriva del verbo italiano "desaffidare", o sea, poner a prueba la fe.

En resumen, de la respuesta de la Iglesia al desafío de la evangelización de la cultura va a depender de su credibilidad en este momento histórico de América Latina.